

DIÁLOGO CESARIANO

Fernando Latorre Romero



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© De esta edición: Tabarca Llibres, 2023
Pl. Alqueria de la Culla, 4 (Edif. Albufera Center, of. 104-B)
46910 • ALFAFAR (València)
Tel.: 963 186 007
www.tabarcallibres.com
e-mail: info@tabarcallibres.com

© Del texto: Francisco Fernando Latorre Romero

© De las ilustraciones: María Trigueros

Coordinación de la edición: Florián Pérez Alarcó

Maquetación: Tabarca Llibres

Impresión: Leitzarán

ISBN: 978-84-8025-540-0

DL: V-2677-2023



ÍNDICE

Primera noche	13
Segunda noche	23
Tercera noche	31
Cuarta noche	43
Quinta noche	45
Sexta noche	61
Séptima noche	75
Octava noche	83
Novena noche	91
Décima noche	99
Mi última noche con César	111
Lo que César escribió sin mí	119
Epílogo	127
GUÍA DE LECTURA	129



OCEANUS
ATLANTICUS



MARE CANTABRICUM

BELGAE

GER

Raetia

No

Alesia

GALLIA

Aquitania

Narbonense

Gaule
Cisalpina

Arim

LUSITANIA

HISPANIA

Tarraco

Córdoba

Granada

Munda

Massilla

Corsica

Sardinia

Roma

MARE

MAURETANIA

NUMIDIA

Utica

Sicilia

Thapsus

AFRICA

ROMANIA

Thracicum
Pannonia

DACIA

MOESIA

THRACIA

PONTUS EUXINUS

Thracicum
MARE ADRIATICUM

Dalmatia

Pontus

ASIA

GALITIA

CAPPADOCIA

MACEDONIA

Tarsus

Brunidistum

Caria

Cilicia

Antiochia

Italia

Creta

Cyprus

Salamis

SYRIA

INTERNUM

NOSTRUM

Gyrene

Alexandrie

ARABIA

GYRENAICA



El atardecer del doce de octubre de 2011, hace diez años, me encontré sentado en un sofá, durante la recepción por la fiesta nacional que se celebra en la residencia del embajador en Roma, al lado de Madame Rizzi, una señora de cuarenta y tantos años, ataviada con un elegante vestido de terciopelo negro. Se trataba de una francesa que vivía en Piazza Navona.

Tenía el cabello negro, muy corto, poseía una bella sonrisa y ojos oscuros, penetrantes y risueños. De manera casual se refirió al *Diálogo cesariano* y, no sin cierta sorpresa, confesé mi total ignorancia de que existiera tal obra, mientras añadía modestamente que mi tesis en la Universitat de València se centró en el diálogo renacentista. Madame Rizzi alzó las cejas y miró fijamente al exterior por la ventana. Bebió un sorbo de su copa de rioja y me dijo que ella tenía la única copia existente en su biblioteca. Miró su Cartier con pulsera de platino y observó que llegaría tarde a una cita para cenar. Cuando nos despedimos, me dio su dirección y dijo:

—Venga a verme mañana a mediodía.

Al día siguiente me abrió las puertas de su palacio y me mostró la obra.

Se trataba de un pequeño volumen en octavo, titulado *Dialogo cesariano* escrito en italiano por Armando Celico, un filósofo calabrés que enseñó en la universidad de Bolonia, impreso en Venecia en 1513 por Aldo Manuzio. Durante tres semanas estuve traduciendo el texto en la espléndida biblioteca de Madame Rizzi, sentado junto a un balcón que daba a la fuente de Bernini.

En mi transcripción me vi varias veces obligado a adivinar y posiblemente habré modernizado la ortografía sin querer. Advierto que no soy un latinista. He dejado en latín las fechas, los topónimos y algunos términos de fácil comprensión. Los nombres de los personajes históricos, de los cargos e instituciones políticos y religiosos y de las tantas tribus galas y germanas con las que César combatió aparecen en latín cuando Celico los escribió así pero cuando los italianizó, aparecerán castellanizados. Espero que esto no provoqué confusión en la lectura, aunque soy consciente de que nunca ha sido más cierto el adagio *traduttore traditore*¹.

Igualmente, al libro le faltaba un cuadernillo. Cronológicamente hipotizo de qué podían hablar en esas páginas, no sé si desgraciadamente perdidas.

Quizás no sea este el lugar adecuado para hacer crítica literaria pero no puedo dejar de hacer un comentario. *Le style, c'est l'homme*. El estilo literario no es el hombre: es meramente su reflejo. Celico, indudablemente, bebe de las fuentes clásicas, sobre todo de Plutarco y del propio César, pero de una forma muy inteligente no convierte a Titus Munatius en un simple *Glauconcillo* —permítanme el término— que transcribe obedientemente la vida de Julio César contada por sí mismo. Si bien el texto, en algunos pasajes, pueda resultar al

¹ *traduttore traditore*: traductor traidor.

lector moderno monótono y escaso de intriga, creo que su lectura enseña mucho sobre un periodo particularmente convulso y apasionante de la historia de Roma. Quizás también ayude a comprender la figura de un personaje del que se ha escrito tanto.

Solo me queda agradecer por la *trouaille*² a mi querida Madame Rizzi, una mujer excepcional, a la que a lo largo de los años he aprendido a apreciar, y al lejano Armando Celico, sabio al que, a pesar de la distancia y del tiempo, considero un gran amigo.

Roma, febrero-marzo del 2012

² *trouaille*: hallazgo.

*Narbo Martius*³, capital de la *Narbonense*, verano del 708 a. U. c.⁴

Tengo cincuenta y cinco años y la convicción de que no voy a vivir muchos más. No me quejo. He tenido una vida plena y la muerte —que he afrontado tantas veces— no me da miedo. Me ha preocupado mucho más desde bien joven mi calvicie. Sí me preocupa mucho lo que pueda suceder después de mí. Roma necesita, después de tantos años de guerra civil y tanta sangre derramada, un hombre fuerte que sepa gobernarla con justicia y mano firme. Está conmigo Octavio, hijo de Cayo Octavio y de Azia, la hija de mi hermana Iulia, al que he decidido adoptar. Hace unos meses sirvió conmigo como *contubernalis*⁵, el mismo puesto honorífico con

³ *Narbo Martius*: Narbona.

⁴ a. U. c.: expresión latina que significa «desde la fundación de la Ciudad» de Roma, que se sitúa conforme al cálculo de Marco Terencio Varrón en el tercer año de la sexta olimpiada, 753 a. C., aunque se manejaban también otras fechas, como el primer año de la séptima olimpiada según Catón el Viejo. Por lo tanto, el año 1 de la era cristiana equivale al año 754 *ab Urbe condita*.

⁵ *contubernalis*: soldados que compartían la misma tienda. Por extensión, compañero de armas, camarada.

el que yo comencé mi carrera militar. Pienso dejarle mi herencia principal. También me acompaña Marco Antonio, o simplemente Antonio, como lo llamo afectuosamente, a quien he prometido el consulado para el año próximo. Tengo en él un sobrino con el que puedo contar. Y en Roma, ¿quién sabe?, está mi pequeño César, el hijo de Cleopatra. Ha venido estos días Marcus Iunius Brutus, otro hombre a quien considero como uno más de mi familia y quiero como a un hijo. Ha administrado competentemente la provincia de la Galia Cisalpina y no le reprocho su matrimonio con Porcia, hija de Catón. Quiero vengar a Craso con una gran expedición militar contra los partos y luego someter a los dacios que se extienden hacia el mar Negro y Tracia. Pienso después bordear el mar Hircanio, cruzar el Cáucaso, rodear el Ponto e invadir Escitia. Y vencer a los terribles germanos de ojos azules y conquistar sus tierras. Ya le he encomendado a Anienus la tarea de estudiar y abrir el istmo de Corinto. También quiero recoger las aguas del Tíber en un canal para luego desviarlas hacia el Circeo y hacerlas desembocar en el mar de Terracina, haciendo así el viaje fácil y seguro para los que vengan a comerciar con Roma. Y drenar los insalubres pantanos cerca de la llanura Pomentina y Setia, para obtener una tierra fértil que dé trabajo a miles de agricultores; construir grandes presas y muelles en el punto más cercano a la Urbe; y crear en Ostia puertos y arsenales suficientes para tan intenso tráfico de barcos. Tengo tantas cosas por hacer...

César, insatisfecho con lo que había escrito, apartó las tablillas enceradas. Cogió un trozo de papiro y garabateó algunas palabras en él.



PRIMERA NOCHE

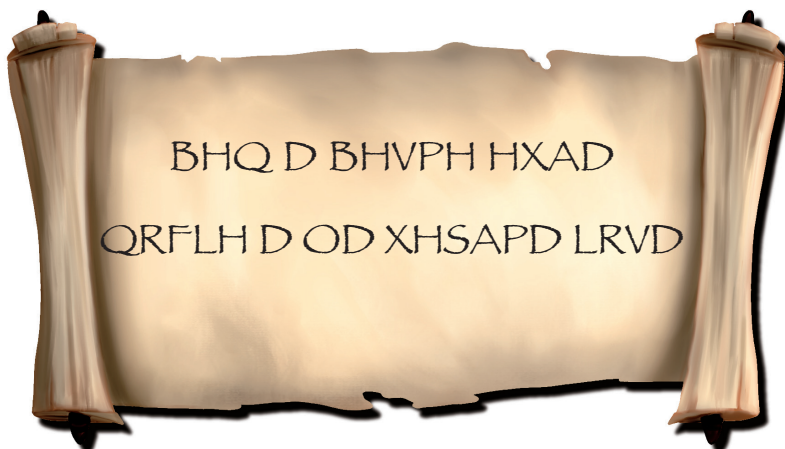
BHQ D BHVPH HXAD QRFLH D OD XHSAPD LRVD

Me llamo Titus Munatius y tengo doce años. Me apasiona hacer cosas con las letras y los números. Pero no juego con los chicos de mi edad. Prefiero leer las historias de los héroes de la antigüedad y me encanta Jenofonte. Detesto a Heráclito, mi *grammaticus*⁶, porque sus clases son aburridas, pero sé que soy injusto con él. A veces miento. De mayor quiero ser soldado como mi abuelo y mi padre, Lucius Munatius Plancus. Todos dicen

⁶ *grammaticus*: en Roma, los niños de 7 a 11 o 12 años se confiaban al *grammatistes* / *grammatodidaskalos* / *ludi magister*, los jóvenes de 11 o 12 a 15 años al *grammaticus* / *ludi grammaticus*, y los mayores de 15 años al *rhetor* / *ludi rhetor*. Los términos griegos *paidagogos*, *didaskalos* y *grammatodidaskalos* no tenían un uso unívoco, y referían distintas funciones en distintas partes y épocas del mundo helénico; mientras que los términos *grammatistes*, *paidotribes* y *khitaristes* referían a los responsables de distintas materias de instrucción (intelectual, física y musical). Algunos *grammatici* alcanzaron un elevado status en la sociedad romana, incluso a pesar de sus orígenes humildes o haber llegado a Roma desde las provincias (Grecia —sobre todo de Atenas—, Siria, Hispania, Galia, otras partes de Italia), en muchos casos como esclavos (caso de doce de los veinte que cita Suetonio en *De Illustribus Grammaticis*). Prueba de que se les consideraba dignos de protección pública es el hecho de que se les eximió del pago de impuestos. Tener entre sus discípulos a hijos de destacados personajes fue una manera de aproximarse a ellos, como es el caso de Marcus Antonius Gniphos con Julio César.

que fue un gran legado en la legión, aunque ahora haya engordado y se pase las mañanas recibiendo *clientes*⁷. También me gusta subirme a los árboles. Hoy es un día muy importante para mi familia porque ha llegado Julio César y su séquito. Será nuestro huésped mientras esté en Narbo. Yo he declamado unos versos de la *Odisea* para recibirlo. Estaba muy nervioso cuando recitaba, pero le deben haber gustado porque al final me ha sonreído.

Después de la siesta he encontrado en la almohada un fragmento pequeño de papiro doblado en dos. Contenía el siguiente mensaje criptado:



⁷ *clientes*: en la sociedad de la antigua Roma, era el individuo de rango socioeconómico inferior que se ponía bajo el patrocinio (*patrocinium*) de un patrón (*patronus*) de rango socioeconómico superior. Ambos eran hombres libres, y no necesariamente se correspondía su rango desigual con las distinciones socio-familiares entre plebeyos y patricios; aunque, legendariamente, esta relación de patronazgo fue iniciada por Rómulo con el objetivo de fomentar los vínculos entre ambas partes de la sociedad romana, de manera que unos (los *clientes*) pudieran vivir sin envidia y los otros (los patronos) sin faltas al respeto (*obsequium*) que se debe a un superior. Cuantos más *clientes* tuviera, a más prestigio (*dignitas*) accedía un romano que pretendiera ser importante.

He pasado un par de horas estudiándolo hasta dar con la clave. Lo he transcrito y dice escuetamente: «VEN A VERME ESTA NOCHE A LA SÉPTIMA HORA». Solo podía haberlo escrito una persona. El código secreto era bastante fácil de descifrar: bastaba con sustituir la letra del alfabeto romano trasladándola tres posiciones. Es decir:

A-B-C-D-E-F-G-H-I-K-L-M-N-O-P-Q-R-S-T-V-X
D-E-F-G-H-I-K-L-M-N-O-P-Q-R-S-T-V-X-A-B-C

Cuando cayeron las tinieblas en el *silentium noctis*⁸, con la mayor prudencia, me dirigí a los aposentos de César. Un fornido guardia me franqueó el paso. Se encontraba reclinado sobre la mesa leyendo un rollo de poesía. Cuando me vio, dejó la lectura y me sonrió.

—Buenas noches, joven Tito. ¿A qué debo el honor de tu visita a estas horas de la noche? ¿No deberías estar durmiendo?

—He venido como me pediste, César —dije mientras le mostraba el mensaje y su transcripción.

—Ah, sí. Disculpa si te he convocado de esta forma, pero necesito que hagas algo por mí.

—Lo que sea, César, lo haré con sumo gusto. Puedes contar con mi ayuda y mi discreción —toqué mi bulla⁹ un poco nervioso.

—Verás, se trata de lo siguiente. Sabrás que las letras nunca mellaron el filo de mi espada y que me gusta escribir. Pero ahora

⁸ *silentium noctis*: el silencio de la medianoche.

⁹ *bullae*: colgante o medallón que llevaba dentro un amuleto que se ponía a los niños varones nueve días después de su nacimiento. Se llevaba alrededor del cuello, como amuleto para proteger a su portador contra los malos espíritus. Los niños romanos nacidos libres seguirían llevando la *bullae*, junto a la toga *praetexta*, hasta la edad de portar la toga viril, a los 16 años, cuando pasaban a la edad de la adolescencia y llegaban a ser ciudadanos romanos. Se guardaba entonces con sumo cuidado, consagrándola a los dioses Lares o Hércules.

tengo la vista cansada, me cuesta concentrarme y por las noches tengo insomnio. Lo que quiero es que me ayudes a escribir el relato de mi vida. Veo que tienes una buena caligrafía y buena memoria. Me harás con esto un gran servicio y sabré agradecértelo.

—César, es un honor y un privilegio. Poder escribir tu historia será para mí la mayor recompensa posible.

—Pues entonces no perdamos más tiempo y pongámonos manos a la obra. Ahí tienes buenas tablillas enceradas y un afilado *stilus*¹⁰.

Me senté junto a él, que empezó así su narración:

Nací en Roma el 653 a. U. c., una mañana de un caluroso verano romano, en la rumorosa Suburra, barrio lleno de plebeyos y de malhechores situado entre el Esquilino y el Celio. Lo hice sin el clamor de las profecías y los vaticinios, sin particulares solemnidades porque mi familia no poseía las riquezas adecuadas a la nobleza de nuestros orígenes. Pero teníamos una casa con fuente y jardín y no nos faltaban los criados por la abundancia de esclavos y de excampesinos que buscaban trabajo a cambio de sustento y un techo bajo el que cobijarse. Como hijo primogénito, recibí el mismo nombre de mi padre y de mi abuelo, Gaius Iulius. Como se usa entre nosotros los romanos, después del prenome y el nombre del linaje —la gens Iulia, más antigua que la misma Roma— está el nombre que identifica a la familia. César me lo pusieron por un antepasado que durante la segunda guerra púnica mató un elefante en batalla. En la lengua de los cartagineses significa eso: «elefante». Supongo que, con un lanzamiento afortunado, su pilum¹¹ le entraría en un ojo y llegaría al cerebro del animal.

¹⁰ *stilus*: instrumento de escritura que consiste en una vara alargada y estrecha o punzón estilizado, similar a un bolígrafo moderno, con un extremo puntiagudo para poder escribir y el otro aplastado y amplio para borrar.

¹¹ *pilum*: junto con la espada (*gladius*), el arma básica del legionario romano. Era del tipo lanza o jabalina y medía alrededor de 2 m. Había dos clases de *pilum*, el pesado y el ligero. Los usaban cuando estaban de 15 a 30 m del enemigo.



—Sé que Aníbal atravesó los Alpes con ellos y los usaba en combate, pero solo los he visto dibujados, César. ¿Cómo son de grandes?

—Enormes, como una casa. Reza para no encontrártelos en batalla porque son impredecibles.

La gens Iulia la fundó, según la leyenda, Julio o Iulio, hijo del príncipe troiano Eneas y de Lavinia. Y como Eneas estaba considerado hijo de Venus, toda la descendencia presuimos de orígenes inmortales. También tenemos sangre real porque mi abuelo se casó con una de los Marcelo, que dio a Roma al cuarto de sus siete reyes, Ancus Marzius. Pero a tanto renombre no se correspondía un poder efectivo... Ningún miembro de la gens Iulia fue cónsul, aunque mi padre llegó a pretor. Por parte de mi madre Aurelia fueron cónsules mi bisabuelo y mi abuelo. Cuando yo nací, Roma era una democracia gobernada por los aristócratas. Los ciudadanos elegían anualmente los cargos públicos. El cursus honorum o jerarquía de los cargos era el siguiente: cuestores, ediles, pretores, censores y, por último, los dos cónsules. Además, había diez tribunos de la plebe o representantes del pueblo, elegidos por este y que contrastaban el poder de los patricios.

—¿Como ahora, César?

Entonces, los dos cónsules que cambiaban cada año, salvo excepciones, tenían el poder que antiguamente tenía el rey, pero debían responder de sus acciones ante el Senado, centro del poder soberano y verdadero órgano de gobierno. Los senadores representaban a las trescientas familias más nobles y potentes. Su cargo pasaba de padres a hijos y controlaban Roma y sus territorios. A mí me educaron para llegar a ese vértice del que mi estirpe había sido excluida durante todo ese tiempo. Dada la nobleza de mis ancestros, debería haberme orientado hacia los optimates, los aristócratas. En cambio, decidí seguir las huellas del marido de mi tía Iulia, Gaius Marius y me uní a los populares. Partiendo de unos humildes orígenes, gracias a sus dotes militares, había obtenido una carrera extraordinaria.

—¿Era un *homo novus*¹², César?

—Eso es. Ninguno de su familia había ocupado nunca un cargo público.

Primero tribuno y luego cónsul, destronó en Numidia al usurpador Yugurta en el 648 a. U. c. Fue elegido cónsul por siete años consecutivos, cosa que no tenía precedentes y reformó el ejército. Con él, los soldados tuvieron buena paga, la promesa del botín en caso de ganar la guerra y la asignación de lotes de tierra una vez acabado su servicio. Con estos hombres bien adiestrados por él mismo, conocidos como los mulos de Mario, marchó contra los cimbrios y los teutones, que ya habían destruido cinco ejércitos mandados contra ellos por el Senado. Acabó con cien mil teutones en Aquae Sextiae¹³ y después con diecinueve mil cimbrios en Vercellae¹⁴. Lo aclamaron tercer fundador de Roma junto a Rómulo y Camilo y lo veneraron.

—¿Por qué los llamaban los mulos de Mario, César?

—Porque iban cargados como bestias con todo su equipo.

De pequeño, yo escuchaba extasiado las gestas de mi tío Mario por boca de los orgullosos veteranos que pasaban por casa. Aprendí pronto a usar las armas y a cabalgar con habilidad. Estudié gramática con Marcus Antonius Gniphó, un maestro galo que lo fue también de Cicerón y al que le debemos De latino sermone. Hacía mucho ejercicio físico y leía mucho. Mens sana in corpore sano¹⁵. A los dieciséis años, cuando murió mi padre, ya era un joven

¹² *homo novus*: expresión usada para designar a los hombres que eran los primeros de su familia en acceder al Senado romano o en ser elegidos cónsules.

¹³ *Aquae Sextiae*: actualmente Aix-en-Provence, en Francia.

¹⁴ *Vercellae*: ciudad de Italia en la región del Piamonte, capital de la provincia de Vercelli.

¹⁵ *Mens sana in corpore sano*: anacrónica cita latina que proviene de las *Sátiras* de Juvenal. La cita completa es *Orandum est ut sit mens sana in corpore sano* (*Sátira X*, 356). Su sentido original es el de la necesidad de orar para disponer de un espíritu equilibrado en un cuerpo equilibrado; no es, por tanto, el mismo sentido con el que hoy en día se utiliza: «*mente sana en un cuerpo sano*».

apuesto: alto, robusto, con la frente ancha y un rostro noblemente pálido. Gustaba a las mujeres y los hombres me admiraban quizás por mi generosidad, aunque algunos juzgasen mi elegancia y mi gusto en el vestir excesivo y poco masculino. Vestí la toga viril, me inscribí en las listas de ciudadanía y empecé a participar en la vida pública. Entré en la edad del matrimonio, que debe servir para mejorar la propia posición social y me casé con Cosucia, hija de un rico caballero de la orden ecuestre. Pero en seguida se me presentó la oportunidad de convertirme en flamen dialis, sacerdote de Júpiter. La tradición impone que los aspirantes a este cargo estén casados con una patricia. Así que, sin pensármelo mucho, rompí nuestro contrato matrimonial y me casé con la hermosa Cornelia, hija de Lucius Cornelius Cinna. Su familia no era tan rica como la de Cosucia pero estaba mejor relacionada con las altas esferas y me gustaba. Con ella tuve a Julia, en el 670 a. U. c. La suerte me sonreía... hasta que dejó de hacerlo.

—¿Por qué, César? ¿Qué sucedió?

—Las parcas cortaron cruelmente el hilo del más noble de los romanos —dijo sombrío.

Mi tío Mario murió en el 667 a. U. c., y en el 669 a. U. c. y Cinna fue asesinado por sus propios hombres mientras combatía contra Lucio Cornelio Sila. Este fue luego elegido, gracias a sus influencias, cónsul en el 665 a. U. c. y obtuvo el mando del ejército para acabar con la guerra de Mitrídates en Asia Menor. Después de derrotarlo y saquear varias ciudades volvió a Roma, donde exterminó a casi sesenta mil partidarios de Mario. Condenó a muerte a cuarenta senadores y a dos mil seiscientos caballeros. Prometió grandes recompensas a quien entregara vivo o muerto a los que estaban en sus listas de proscritos y con sus cabezas adornó el foro... Al final, reparó en mí, sobrino de Mario y yerno de Cinna. Y así Sila me ordenó repudiar a mi querida esposa. Pero igual que no me había importado nada deshacerme de Cosucia, yo amaba a Cornelia y me negué a obedecer. Inmediatamente después, confiscaron nuestros bienes y me incluyó en

su lista de enemigos. De una forma despiadada, me condenó a muerte. Había puesto precio a mi cabeza y tuve que esconderme.

—¿Y dónde fuiste?

Busqué refugio en la zona pantanosa más allá de los bosques de Sabina y allí enfermé de fiebres. Por precaución, nunca dormí dos noches seguidas en el mismo sitio, siempre miserables cabañas de pastores. Pero Cornelio Fagita, jefe de una banda de sicarios, me encontró igualmente. Simplemente, le pregunté: «¿Cuánto quieres por dejarme vivir?». El asesino dudó y yo le expliqué: «No te será fácil transportarme, enfermo o muerto, por estos pantanos inhóspitos y abandonados. Te ofrezco aquí y ahora la recompensa que te espera en Roma y te ahorro un retorno lleno de insidias». Y cerramos el trato por dos talentos¹⁶ de plata. Mi vida valía dos talentos. Luego subiría de precio considerablemente... Aurelia, mi madre, movilizó a todas sus amistades. Intercedieron por mí las vírgenes vestales¹⁷, Mamercus Aemilius Lepidus y mi tío Gaius Aurelius Cotta para hacer que Sila revocara mi condena a muerte, aduciendo que yo era simplemente un muchacho que no podía representar ningún peligro para él. Y así, después de esa triste aventura, volví a mi casa en la Suburra, siempre con el corazón en un puño y siempre temiendo que el tirano cambiara de idea.

—¿Cómo pudiste aguantar tanta maldad, César?

—Confiado en la virtud y en los dioses, como debe hacer un buen romano, Tito.

¹⁶ *talentos*: una unidad de medida monetaria utilizada en la antigüedad. Un talento griego se correspondía con unos 26 kg y un talento romano con 32,3 kg.

¹⁷ *vestales*: eran las sacerdotisas consagradas a la diosa del fuego y del hogar Vesta. Originalmente, es probable que fueran dos y posteriormente, seis. De su importancia dan prueba que el Colegio de las Vestales y su bienestar eran considerados fundamentales para la continuidad y seguridad de Roma. Eran sacerdotisas públicas, *Vesta publica populi Romani Quiritium*, y constituían una excepción en el mundo sacerdotal romano, que estaba casi por entero compuesto de hombres.

Decidí poner tierra de por medio y la ocasión propicia se me presentó yendo a la Anatolia Occidental, donde serví bajo el mando del propretor¹⁸ Marcus Minucius Termus.

—Pero ya se ha hecho tarde y es hora de que vayamos a dormir.

—Hasta mañana, César, y que descanses.

—Buenas noches, mi joven amigo. Te espero mañana a la misma hora —me despidió con la mano y volvió a su lectura.

Con el paso del tiempo yo entendí que el mensaje que había descifrado no iba dirigido a mí. Supongo que en el calor de la tarde, con las habitaciones a oscuras y en una casa desconocida, su esclava se equivocó de destinatario, y que César, después de coger las tablillas y releer su propia historia, esta vez sonrió satisfecho, aceptó el error y pensó que si los dioses lo habían querido así, habría una razón.

¹⁸ *propretor*: durante la República era el que ejercía el cargo de pretor durante un año en Roma, y estaba destinado a gobernar una provincia, con la autoridad del pretor.